

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y SOCIOLOGÍA

Con el título que arriba se expresa, el señor D. B. Rodríguez Serra ha empezado á publicar una colección de libros de filosofía, y de esto que con vocablo feo é híbrido llaman ahora sociología. Sólo van publicados tres tomos, pero yo, que si bien poco entendido en asuntos filosóficos, gusto de ellos muchísimo, no he querido retardar mi bienvenida á la mencionada biblioteca, deseándole el mejor éxito posible con nuestro público de España.

De la historia de esta ciencia primera, así como de la historia de toda cultura, se han escrito no pocos libros en tierra extranjera y en estos últimos tiempos. Los franceses, ingleses y alemanes, con razón ó sin ella, se han repartido los más brillantes papeles, y atribuyéndose casi toda la fecundidad filosófica, nuestra pobre nación ha resultado estéril ó casi estéril, durante los cuatro últimos siglos, por culpa acaso de la Inquisición, de nuestra fe-

roz intolerancia ó de nuestra ineptitud para cosas tan sublimes.

Llenos nosotros de humilde abatimiento, hemos aceptado por lo pronto la setencia sin protestar ni apelar. La opinión de que no nos da el naípe para filósofos ha prevalecido entre la generalidad de nuestra gente letrada.

Por fortuna la reacción ha sobrevenido, y con tal fuerza en algunos espíritus, que puede hacer recelar á un crítico imparcial y frío que es mayor que el fundamento en que se sostiene.

Los más hábiles y fervorosos defensores de la filosofía española han sido, á mi ver, don Gumersindo Laverde Ruiz, D. Nicomedes Martín Mateos, D. Francisco de Paula Canalejas, el padre Ceferino González y recientemente D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Con todo, y á pesar de las lecciones que este último está dando en el Ateneo, y á pesar de cuanto ha escrito ya en sus obras sobre las ideas estéticas y sobre los heterodoxos, todavía entiendo yo que la cuestión no está bien dilucidada. Nuestros más notables filósofos, desde el Renacimiento hasta el día, han escrito en latín, y no es poco lo que han escrito, por todo lo cual ni se han hecho extractos fieles y luminosos de lo que escribieron, ni se han emitido sobre ello imparciales y bien considerados juicios, ni los profanos, en cuyo

número me cuento, hemos llegado á enterarnos con claridad y exactitud de sus sistemas y doctrinas. Sabemos que hemos tenido, y nos jactamos de tener entre nuestros filósofos á Luis Vives, á Vallés, á Francisco Victoria, al doctor eximio Suárez, á Melchor Cano, á Domingo de Soto, á Foxo Morcillo, á Gómez Pereira y á muchos otros, pero la mayoría de la gente, apenas iniciada, sabe poco más que sus nombres. Con todo, basta saberlos y basta saber que bien ó mal tan ilustres varones se han empleado en el estudio de la filosofía para presumir razonablemente que no se ha perdido entre nosotros la afición á este estudio, y que por consiguiente, los libros de la Biblioteca del Sr. Serra llegarán á venderse y á leerse, como muy de veras lo deseamos.

Otra opinión vulgar, que anda hoy muy válida contradice la posibilidad de que nuestro deseo se realice. Creen no pocas personas que la filosofía se va achicando y consumiendo conquistada y desmembrada por las ciencias positivas y exactas, que han ido poco á poco invadiendo sus dominios, anexionándose los y repartiéndose los como pan bendito ó no bendito. Pero esto es una vanidad infundada de los sabios empíricos y de la muchedumbre que los admira y los sigue. Lo razonable es creer lo contrario: que mientras más se extiende el saber experimental, más crece y se magnifica

en el espíritu el concepto de la filosofía y de la extensión inexplorada de su imperio.

Figurémonos que la filosofía, augusta y soberana emperatriz de las ciencias, mora en espléndido alcázar, cuyas salas y estrados son magníficos y cuyas elegantes cúpulas y empinadas torres se diría que llegan al cielo y se bañan en luz más pura y radiante que la de este sol que de ordinario nos alumbraba. Pues bien, el alcázar, que así nos figuramos tiene vastísimos subterráneos, ó sótanos por donde los sabios experimentales van andando y escrudiniándolo todo. Allí están las caballerizas, las pocilgas y los tinados, no pocos almacenes para trastos viejos, habitaciones capaces para la servidumbre, cocinas, fregaderos, bodegas, despensas y otras oficinas por el estilo. Por algunas rendijas y claraboyas tal vez se percibe y columbra algo de la magnitud y hermosura del alcázar; pero los sabios experimentales no hallan modo de penetrar en él, si bien mientras más andan, notan y averiguan en aquella parte baja, más crece el concepto de la soberbia amplitud y de la extensión maravillosa de lo inexplorado é inasequible que sobre ellos se levanta. Así comprendo yo qué es la filosofía con respecto á la ciencia que de la observación y del experimento procede.

Quizás nadie consiga nunca subir real y efectivamente á la parte superior del alcázar,

pero por virtud de la fe, de la imaginación ó de algo á modo de entusiasmo amoroso, quizás nos elevemos en espíritu con las alas que nos preste la religión, la metafísica ó la poesía, y veamos ó nos forjemos la ilusión de que vemos algunas de aquellas maravillas. De todos modos, los medios sutilísimos de que nos valemos para conseguirlo, y el ingenio, la tenacidad y los alambicados recursos á que acude y de que se vale nuestra mente en tan difícil empresa, tiene tal encanto y tan poderoso atractivo que nos deleitan y enamoran aunque en vez de triunfo obtengan sólo desengaños.

En este sentido y por las razones expuestas, los libros de filosofía no pasarán de moda, y en todas partes, incluso en España, agradarán é interesarán ahora y siempre. Auguramos, pues, buen éxito á la biblioteca del Sr. Rodríguez Serra. Van ya publicados en ella escritos de Shopenhauer y de Baltasar Gracian, y se anuncian como en prensa, varios de Nietzsche, Ibn Geribol, Emerson, Leopardi, Vives, Stiner y otros, tan opuestos en sus ideas que de lo menos que podemos acusar al editor es de parcialidad, antes bien aparece dotado de un sincretismo que nos inspira simpatía.

No aceptando por cierto sistema alguno, no alistándose en las filas de los secuaces y aceptándolos todos como cavilaciones discretas, divertidas ó interesantes, poco importa que

sean pesimistas ú optimistas que sostengan el panteísmo, el materialismo ú otros ismos, que afirmen ó que no nieguen, con tal de que diviertan, interesen ú ofrezcan alguna novedad. Lo que conviene, de cualquiera suerte que sea, es que el lenguaje de las mencionadas cavilaciones no resulte, ó por culpa del autor ó por culpa del traductor, muy bárbaro y enmarañado. Si el lenguaje y el estilo no fuesen claros y hasta cierto punto elegantes, pudiera ocurrirnos algo parecido á lo que ocurrió á la mona que trató de comerse la nuez verde y que la arrojó con desdén ó con rabia al probar la amargura de la cáscara, sin llegar á comerse el sabroso fruto que dentro se escondía. Y aún sería peor, si vencida la repugnancia de lo verde y amargo y quebrantada también á fuerza de dientes la dureza de la envoltura leñosa, nos encontrásemos con que la nuez estaba vana ó podrida. Prescindiendo de estas contingencias, yo declaro que todo tratado filosófico despierta mi curiosidad y me hechiza. Esperemos que suceda lo propio á mis compatriotas aficionados á libros, á fin de que compren y lean éstos sobre los que ahora voy discutiendo.

Otro peligro hay, contra el cual no veo reparo ni cautela que esté de sobra. La falta de preparación conveniente puede hacer que un alimento espiritual, ya por exótico, ya por inu-

sitado, ya por harto sustancioso, se nos indigeste en el alma, ó bien que siendo veneno le tomemos como triaca. Quiero decir, sin ambages, que los que están ayunos de todo conocimiento filosófico, si propenden además, como hoy generalmente sucede, á prendarse de lo extranjero, tal vez acepten por oro la alquimia y consideren cualquiera extravagancia ó disparate como el *Non plus ultra* de la investigación especulativa y del saber humano.

Ni mis cortas luces ni la brevedad que debe tener este artículo consentirían, pongamos por caso, que yo impugnara aquí las doctrinas de Schopenhauer en el libro ya publicado y cuyo título es *Sobre la voluntad en la naturaleza*. ¿Pero no me sería lícito recelar, no solo la falsedad de la doctrina, sino lo huero ó vacío que en ella puede notarse, fundándose en puro juego de palabras y en llamar las cosas ó sus cualidades con nombres que no han tenido jamás, en castellano al menos? ¿Qué diantre de voluntad es esa que se ignora á sí misma y que ignora lo que quiere y que produce, sin embargo, el universo y las leyes matemáticas, físicas y morales que, sin duda, le gobiernan? ¿Cómo de esa voluntad sin conciencia nace la conciencia? ¿Cómo nace la inteligencia de lo que no entiende? ¿Por muchas vueltas que se dé á un objeto, brotará en él algo que no esté en germen en él y que no trai-

ga además de fuera de él la sustancia y la fuerza y la ley que para el desenvolvimiento del germen se requieren? En fin, la tal voluntad inconsciente, causa primera de todo, me parece á mí, profano, una ininteligible algarabía.

Y no se me acuse de poco respetuoso con los sabios celeberrimos y admirados en las naciones más cultas. El mismo Schopenhauer nos enseña la falta de respeto, aunque nuestra moderación y nuestra cortesía no acepten sino un poquito de sus lecciones. A casi todos los profesores de filosofía de las Universidades de Alemania los pone él como chupa de dómine, tratándolos de envidiosos, de plagarios, de necios y de tan interesados que encubren la verdad y enseñan la mentira por miedo de perder la posición y el salario que reciben. A Kant le pone por las nubes; pero después de Kant apenas hay más que él en el mundo: Fichte es un *mono*, y Hegel, el que por tanto tiempo hemos admirado como el Aristóteles de la edad novísima, no es más que un charlatán atrevido. Leibnitz, cuando Schopenhauer le compara con él mismo y con Kant, es un miserable pigmeo, y tonterías y nada más que tonterías son su *armonía preestablecida* y sus *mónadas*.

El desenfado con que Schopenhauer fustiga á sus colegas tiene antecedentes en abun-

dancia. Ya nos cuenta Gil Blas que los que disputaban en las aulas de Salamanca más parecían energúmenos que filósofos. No hay veneración que valga. El canciller Bacon, preconizado por muchos como fundador, norte y guía de todo positivismo, ha sido injuriado de la manera más feroz por no pocos de los mismos positivistas. Y Descartes, de quien se dice que procede toda la moderna filosofía, como de Sócrates la antigua, es considerado como un deplorable metafísico por Gioberti y por otros, que si algo de bueno hallan en él lo declaran plagio de San Anselmo ó de otros autores de la Edad Media.

Exclamemos con Horacio: *hanc veniam petimusque damusque vicissim*, y reservándonos el derecho de negar y de censurar muchos sistemas filosóficos, si bien con moderación suave y sin tirarnos los bonetes, aplaudamos el propósito del Sr. Rodríguez Serra y excitémosle y animémosle para que le lleve adelante. Aunque una filosofía nos parezca falsa ó vana, ¿no podrá ser entretenida é ingeniosa? Por recomendación de Schopenhauer, hemos venido á inscribir nosotros en la lista de los más notables filósofos á Baltasar Gracian, alguna de cuyas obras Schopenhauer ha traducido y ensalzado. *El Criticón*, v. gr., es para Schopenhauer un prodigio, y en todos los tratados de Gracian rebosa la filosofía.

El Sr. Serra no carece, pues, de fundado motivo para incluir, como incluye, en su colección dos obritas de Gracian: *El héroe* y *El discreto*. Mucho distamos nosotros de hallar en dichas obras el extremo de delirio culterano al que llega Gracian en sus *Selvas del año*, sobrepujando á Góngora en las *soledades* y en el *polifemo*; pero lo que es filosofía tampoco nos parece que hay, ni en *El discreto* ni en *El héroe*. Lo que hay, en nuestra opinión, es un admirable conjunto de enrevesados conceptos y de sentenciosas agudezas, donde son de admirar la riqueza y primor de nuestro idioma, y la maestría y el talento del escritor que de él se vale, pero donde no acertamos á ver sino apotegmas de moral práctica, casi siempre tomados de antiguos escritores, y alguna vez de la observación perspicaz del mismo Gracian, que era, por cierto, un verdadero hombre de mundo.

El concepto de la filosofía es muy elástico. Suele ampliarse ó restringirse á gusto del consumidor. Pero si hemos de incluir, por ejemplo, entre los filósofos al duque de la Rochefoucauld y á la Bruyere, incluyamos también á nuestro Gracian y hasta pongámosle por cima de ambos.

La nueva edición que de *El héroe* y *El discreto* nos da el Sr. Serra está ilustrada por un erudito estudio, donde se dan muy curiosas

noticias sobre los triunfos y la influencia que Gracian ha alcanzado como filósofo en Alemania. Dicho estudio, escrito en castellano con corrección y elegancia, se debe á la pluma del Sr. Arturo Farinelli, profesor en Inspruck, capital del Tirol, y tan docto y entusiasta apreciador de nuestra lengua y literatura, como de la alemana, y de la de Italia, su patria.

En suma, y á fin de terminar este artículo ya sobrado extenso, diré que, precaviéndonos bien para no inficionarnos con alguna heregía ó para no exponernos á ir á parar en un manicomio, como Nietzsche ó como Augusto Comte, harán muy bien los aficionados á la lectura en comprar y en leer cuantos tomos han salido ya y vayan saliendo de la biblioteca del Sr. Serra. Así se instruirán, y aunque sea con vuelo inseguro, elevarán el alma á las más altas regiones á donde puede subir nuestro entendimiento ó nuestra fantasía.